

UNA BOMBA NARRATIVA

J. C. J.

Desde hace cierto tiempo determinados periodistas se han empeñado en sacarse de la chistera generaciones literarias como quien va a comprar el pan. Este fenómeno, bastante surrealista si nos atenemos a la tradición, se vio acompañado por varias antologías que intentaban ajustar los parámetros de la supuesta crítica a realidades textuales. Fruto de ello nacieron volúmenes muy dignos de consideración entre los que cabe mencionar *Última temporada* (Lengua de Trapo) y *Bajo 30* (Salto de Página). Si el primero moría por exceso, el segundo era más considerado al realizar una selección concisa en la que figuraban algunos nombres que pueden aspirar a permanecer en la jungla.

Siempre recordaré que Jaime Gil de Biedma mencionó en algún momento que los bardos de la célebre *Veinte años de poesía castellana* figuraban en el libro coordinado por Josep Maria Castellet desde una descarada idea promocional que, en su caso, acompañaron con fotos en la tumba de Machado y una inteligencia antifranquista que los catalogó con una serie de calificativos hoy puestos en duda, pues cada uno era de su padre y de su madre pese a compartir determinados intereses.


La operación prosperó y siempre lamentaron la exclusión del, a posteriori, suicida Costafreda. En el siglo XXI las espadas están afiladas de otro modo y la tarea de quien se preocupa por el devenir de las palabras en castellano debe analizar las progresiones de otro modo, a la búsqueda de talentos y talantes que den con una consistencia más allá de las bonitas fotografías y el ruido, tan dañino que amenaza con ensordecernos.

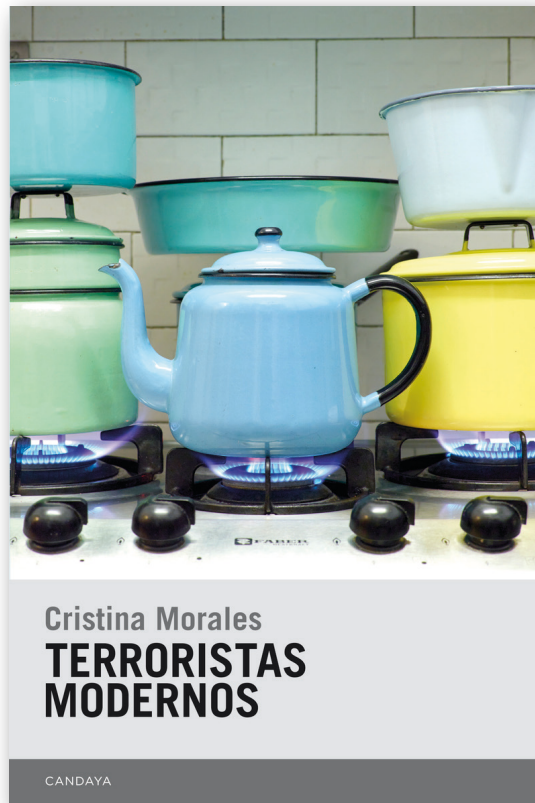
Quiere la casualidad de las letras que dos de los protagonistas de *Menos 30* saquen libro en estas fechas. Cristina García Morales y Juan Gómez Bárcena apuntan maneras hacia una trayectoria sólida que merece ser observada. Aquí hablaré de la primera, que me cautivó desde la primera página de *Los*

combatientes (Caballo de Troya, 2013), una novela valiente como pocas, osada como ninguna e inmersa en un juego donde las proclamas del falangista Ledesma Ramos se travistieron para los reseñistas de turno en proclamas revolucionarias del 15-M. Esta magnífica broma indica una voluntad de subversión que prosiguió, en grado menor, con *Malas palabras* (Lumen, 2015), la biografía que pudo ser de Teresa de Ávila mientras redactaba *El libro de la vida*, una mujer amenazada por la Inquisición imbuida de feminismo mientras cuestionaba todo lo habido y por haber.

febrero de ese año sin verano quiso acabar con el reinado de Fernando VII mediante una conjura liberal basada en estructuras del iluminismo. Quien lea estas líneas podrá entender, o al menos intuir, la complejidad del reto narrativo, no tanto por el tema sino más bien por las posibilidades que ofrece de armar un relato desde una polifonía unitaria, múltiples voces en pos de un único objetivo.

En este sentido la autora consigue su objetivo a la perfección. En la rueda de prensa barcelonesa le pregunté si usaba la Historia al estilo de Eduardo Mendoza, como excusa escénica para ambientar una acción, y me lo negó en rotundo. Durante años se ha documentado sobre el tema y se nota, pero eso no es lo más importante. Es normal definir una trama ambientada en el siglo XIX como novela histórica, lo que conlleva cierta épica, emoción a raudales, momentos de tensión para no soltar el libro y otras tretas que en el mercado actual gozan del beneplácito de muchos sellos y consumidores.

No es el caso. Cristina García Morales hilvana su *Terroristas modernos* desde el interior del golpe fallido a partir de una aplastante cotidianidad narrada con velocidad, con diálogos en todas las lenguas peninsulares y una serie de personajes que con pocas pinceladas consiguen adquirir un cuerpo propio. Cada uno tendrá sus favoritos y yo me decanto por el triángulo formado por Lasso, la Castillejos y Vicente Plaza. En las cinco jornadas que transcurre la acción, dividida en capítulos de los que no convendría menospreciar el título si se quiere entender la intención de la escritora, circulamos entre mercados, camas, noches, días y un verismo muy adecuado porque no se impregna de solemnidad y fluye con eficaz parsimonia hacia el desenlace, previsible porque eso tiene la Historia, esencial en el relato y clave entre líneas. Podría decir mucho más. Termina mi espacio. Una gran cuestión, que el tiempo desvelará, es saber los motivos de ir al pasado, de tomarlo como fuente. ¿Para comprender el presente? 



La última entrega de la autora granadina afincada en Barcelona se titula *Terroristas modernos* y es una bomba de relojería. Ganó la codiciada beca Hans Nefkens y debemos celebrarlo porque ese montante económico evitó truncar una carrera interesante, sincera como pocas.

La novela se ambienta en febrero de 1816 y aborda la fascinante conspiración del triángulo que en